

PALABRAS DE ACERO

Marcel Proust, escritor francés que nació y murió en París, 1871-1922, autor de la magistral *À la recherche du temps perdu*, consideraba que las palabras pronunciadas al azar no respondían a un pensamiento ordenado, sino a una emoción en particular: decepción, ira, miedo, venganza. Hay furias que desatan locuras propias y ajenas, porque las palabras usadas pueden atravesar un temperamento, decidir un mañana, desbarrancar una vocación, anular una amistad, terminar un amor. Porque como dijo Blas Pascal (Clermont-Ferrand, 1623 - París, 1662), otro gran pensador francés: "Si cada quien supiera lo que cada cual dice de los demás, estoy seguro que no habría cuatro amigos en el mundo". El modo de usarlas nos delatan, son una parte trascendente de la comunicación y funcionan de diferentes maneras: desencantan, halagan, desmerecen, alegran, ofenden. En verdad, muchas veces una sola frase ha decidido el destino de un hombre. Cuida tu palabra: por una sola palabra un hombre es calificado de



sabio o de loco. De las casi 300.000 palabras de nuestra lengua castellana, sólo utilizamos en nuestra vida cotidiana unas 300, es decir, un 0,10%. Pero son como las monedas: una vale por muchas y muchas no valen por una. Lo bueno y sano es

pronunciarlas con discreción e idoneidad. Hay un dicho muy difundido que dice: "La palabra es como la aritmética: divide si lesiona; resta si censura; suma si dialoga; y multiplica si alienta". Es preferible tragarse las palabras antes que lanzarlas como dardos al personaje que nos ofende. Bien sabemos que es más sabio huir de los agravios callando, que vencerlos respondiendo y que la herida producida por la palabra no cicatriza jamás. Nada es tan poderoso como la palabra y la belleza de las palabras muestra la belleza del pensamiento. Cierro esta nota citando al escritor uruguayo Eduardo Galeano (3 de septiembre de 1940 - 13 de abril de 2015): "Si la uva está hecha de vino, quizá nosotros somos las palabras que cuentan lo que somos."

VÉRTICE CULTURAL "RAMON ISMAEL BARBÁ"

Boletín de Distribución Gratuita Registro de la Propiedad Intelectual en Trámite.

Directora: NORMA J. BARBA
Diseño Gráfico: Mariana Muriago
Impreso en Autotipia Gráfica

Vértice Cultural

Ramón Ismael Barbá



9 y 304, Veinticinco de Mayo (PBA) • E-Mail: vertice.barba25@fibertel.com.ar
www.museodelcarnaval25.com.ar • Tel. 02345.15.68.6630

Boletín de distribución gratuita.

SAN MARTÍN

(25/II/ 1778 - 17/VIII/1850)



Recordemos y valoremos a este hombre, humilde, tenaz, ejecutivo, que cuando tenía que corregir a un subordinado, jamás lo hacía con palabras descomedidas o humillantes, convencia con persuasión y no perdía por eso su autoridad, y trataba a la gente en forma llana y franca.

julio - agosto 2015

70



LA EPOPEYA DE SAN MARTÍN

Su proyecto:

Desde 1815 San Martín se había dedicado a armar un fuerte ejército en Cuyo, con el objeto de defender esa región de un ataque español desde Chile. Sabía el peligro de dejar que los españoles se afirmaran del otro lado de los Andes y propuso a Balcarce, al Congreso y a Pueyrredón, un plan concreto para atacar Chile.

Todas las opiniones fueron favorables al plan, Pueyrredón decidió prestarle “la preferente dedicación de los esfuerzos del gobierno”, y semanas después se entrevistó en Córdoba con San Martín, donde se selló el entendimiento de los dos hombres en torno a la gran empresa.

Luego Mendoza se convertía en un gigantesco cuartel, donde se formaban soldados, se fabricaban armas, se cosían uniformes, se reunía información militar sobre el enemigo, se acumulaban vituallas y se juntaban caballadas para las tropas, que desde agosto de 1816 habían recibido el nombre de “Ejército de los Andes”.



La famosa carta

El 10 de septiembre Pueyrredón escribía a San Martín que ya no había en Buenos Aires de dónde sacar un peso, pero aquél insistía.

El 2 de noviembre Pueyrredón le envía la famosa carta que testimonia los esfuerzos realizados:

“A más de las cuatrocientas frazadas remitidas de Córdoba,

van ahora quinientos ponchos, únicos que he podido encontrar; están con repetición libradas órdenes a Córdoba para que se compren las que faltan al completo, librando su costo contra estas Cajas.

Está dada la orden más terminante al gobernador intendente para que haga regresar todos los arreos de mulas de esa ciudad y de la de San Juan; cuidará su cumplimiento.

Está dada la orden para que se remitan a Vd. mil arrobas de charqui que me pide para mediados de diciembre: se hará.

Van oficios de reconocimiento a los cabildos de esa y demás ciudades de Cuyo.

Van los despachos de los oficiales.

Van todos los vestuarios pedidos y muchas más camisas.

Si faltasen de Córdoba en remitir las frazadas toque Vd. el arbitrio de un donativo de ese vecindario y el de San Juan; no hay casa que no pueda desprenderse de una manta vieja; es menester pordiosear cuando no hay otro remedio.

Van cuatrocientos recados.

Van hoy por correo en un cajoncito los dos únicos clarines que se han encontrado.

En enero de este año se remitieron a Vd. mil trescientas ochenta y nueve arrobas de charqui.

Van los doscientos sables de repuesto y doscientas tiendas de campaña y no hay más.

Va el mundo. Va el demonio. Va la carne.

Y no sé cómo me irá con las trampas en que

quedo para pagarlo todo, a bien que en quebrando, cancelo cuentas con todos y me voy yo también para que Vd. me de algo del charqui que le mando y no me vuelva a pedir más, si no quiere recibir la noticia de que he amanecido ahorcado en un tirante de la fortaleza.”

El monumento

La primera estatua de San Martín a caballo fue una iniciativa chilena.

La propuesta la hizo el historiador Benjamín Vicuña Mackenna quien sostuvo que San Martín no podía ser omitido de los monumentos que se estaban erigiendo en Santiago. Se encargó la obra al artista Louis-Joseph Daumas en 1856. Luego el gobierno de Buenos Aires pidió al mismo Daumas otro modelo.

En la Argentina se inauguró en 1862 y en Chile en 1863. Las dos estatuas son similares, en la de Chile el General porta una bandera y en la de Argentina señala el camino de la gloria. En ninguna se puso una espada en la mano, porque ese es el símbolo de un conquistador y San Martín fue un verdadero libertador.

